

Retos actuales de la Iglesia católica

El objetivo de este artículo es plantear los retos principales que, en mi opinión, tiene ante sí la Iglesia católica.

Primero fue Jesús y Jesús es lo primero, lo primordial. Primero fue Jesús y luego vino la Iglesia, vino esa larga y azarosa historia de la Iglesia, ligada a la historia de las culturas, de las lenguas diferentes, de las diferentes religiones; ligada a los imperios, demasiadas veces identificada con el poder, tantísimas veces legitimadora del poder injusto. Luego vino todo eso.

Y luego hubo divisiones en la Iglesia. Y hubo reformas gracias a Dios, gracias al Espíritu de Jesús que está vivo. Vivimos en la economía del Espíritu, y el Espíritu siempre está presente, y siempre promueve reformas volviendo a Jesús, pero no para repetirlo simplemente, sino para hacerlo nuevo y para darle cada vez un futuro nuevo, para que haya futuro... De modo que hubo necesidad de reformas y hubo reformas para bien, y a veces también reformas o contrarreformas para mal...

Y hubo sacerdotes. Jesús no era un sacerdote. Hubo todo un sistema sacerdotal y clerical que se puso en pie, y un sistema de celebraciones que llamamos sacramentos que quisieron repetir la lógica y el sistema sacrificial del Judaísmo del Templo, de determinada versión del Templo...

Hubo todo eso. Hubo también un monacato. Jesús no era un monje. Hubo órdenes y congregaciones religiosas... —aquí estamos Javier que es jesuita, M^a José que es religiosa del Sagrado Corazón y yo que soy franciscano—. Jesús no fue monje ni religioso.

Hubo todo eso. De modo que vino la Iglesia con todo lo que es, un gran movimiento y una gran institución humana sujeta a todos los condicionamientos históricos. De eso somos fruto, de eso seguiremos siendo fruto, seamos lo que

seamos. Pero está bien, y eso es lo que yo quisiera subrayar, que queramos volver cada vez a lo que inspiraba a Jesús.

Alguien escribió y después se ha repetido muchas veces que Jesús anunció el Reino de Dios (es decir, un mundo como Dios sueña y un mundo como Dios manda) y lo que llegó no fue el Reino de Dios que todavía tarda, sino la Iglesia. Pero una de las definiciones importantes de la Iglesia es que es sacramento del Reino. Si no es sacramento, es decir, si de alguna forma en la Iglesia no hacemos translucir aquel mundo tal como Jesús lo soñó y lo anunció, es que no somos Iglesia de Jesús. Seremos Iglesia de Jesús en la medida en que seguimos su propio camino.

Bien, pues así nos hallamos hoy a comienzos del siglo XXI, después de 2000 años de historia cristiana; y yo creo que hoy todos percibimos un cierto malestar en la Iglesia, como que algo no marcha. Hacia dentro y hacia fuera, en la Iglesia Católica se percibe ese malestar. Yo creo que hay como mucha agresividad, demasiado poco humor, demasiada poca alegría en las manifestaciones institucionales de la Iglesia hacia fuera, y ése es uno de los grandes indicadores que nos deben alarmar. Dicen que hasta en la Conferencia Episcopal hay divisiones, dificultades para entenderse. ¡Afortunadamente! No es malo. Hay



quien habla de una necesidad de refundación del Cristianismo. ¿En qué sentido? Yo voy a enumerar algunos de los rasgos o algunos de los campos en los que nos estamos jugando esa refundación de la Iglesia.

Voy a señalar 10 retos. Voy a hablar de muchas cosas, pero muy por encima:

1) Reconciliarse con el mundo moderno.

Una tarea todavía pendiente del Cristianismo institucional, sobre todo de la Iglesia Católica. Voy a citaros un texto que es una parte del discurso de apertura del Concilio Vaticano II que pronunció el papa Juan XXIII en el año 1962. Decía Juan XXIII entre otras cosas: “En el ejercicio diario de nuestro ministerio apostólico nos puede ocurrir que percibamos voces de personas que arden en celo religioso, pero no dan suficiente margen al recto sentido de las cosas ni al juicio prudente. Creen ver sólo males y ruinas en la situación de la sociedad actual. Repiten constantemente que nuestra época va de mal en peor en comparación con el pasado. Se diría que no han aprendido nada de la historia que es maestra de la vida y que en tiempos de anteriores Concilios todo era perfecto en lo concerniente a la doctrina cristiana, a las costumbres y a la libertad de la Iglesia. Nosotros opinamos de modo muy diferente que estos profetas de calamidades, que presagian siempre la desgracia como si fuera inminente la ruina del mundo. Debemos ver, por el contrario, en los acontecimientos actuales que parecen traer un nuevo orden a la humanidad, un plan oculto de la divina providencia”.

Son palabras de Juan XXIII en el discurso inaugural del Concilio Vaticano II. Creo que tienen plena actualidad, porque sigue habiendo demasiados profetas de calamidades en la Iglesia Católica, de la que yo formo parte y en la que me siento cómodo con nuestros más y nuestros menos. Pero digo que hay demasiados profetas de calamidades en la Iglesia Católica y así nos manifestamos; participamos en demasiadas manifestaciones diciendo que todo lo que hoy se piensa, se dice, se hace, en la política, en la Iglesia, en lo que fuera... todo está mal.

No. Reconciliarse con la cultura moderna y reconciliarse con las ciencias, aceptar que no hay certezas absolutas, que todos tenemos

que ir aprendiendo en todo, y que tenemos que tener una mirada de simpatía y de acogida frente a lo que el Espíritu está promoviendo en el mundo actual. Este es el primer gran reto.

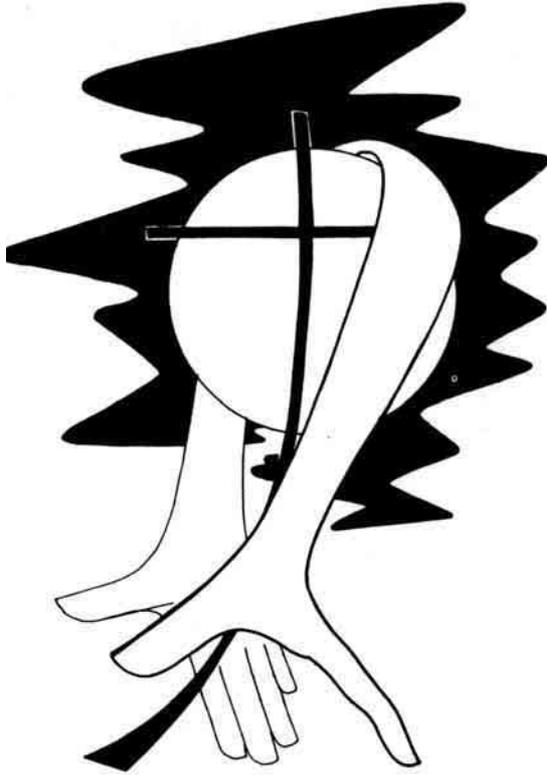
2) Flexibilizar la doctrina. Es decir, convencernos de una vez –siendo consecuentes con ello– de que no se identifica la doctrina con la fe, la doctrina con la espiritualidad. También lo dijo Juan XXIII en el mismo discurso inaugural del Concilio: “El XXI Concilio ecuménico quiere transmitir la doctrina católica pura, íntegra, y sin adulteraciones. Doctrina que es en cierto modo y en medio de las dificultades y controversias un legado común de la humanidad. Este legado no agrada a todos, pero se ofrece a las personas de buena voluntad como un tesoro valioso e inapreciable. Nuestro deber no es sólo conservar este tesoro valioso como si únicamente nos ocupáramos de lo antiguo, sino que queremos acometer con gozo y sin temor la obra que exige nuestro tiempo y seguir el camino que ha recorrido la Iglesia desde hace 20 siglos. Hoy es realmente necesario que todos acepten en un nuevo esfuerzo la enseñanza cristiana, íntegra, sin divisiones. Es preciso, además [y en esto estaba el acento puesto por Juan XXIII], examinar e interpretar con rigor, serenamente y con tranquilidad de conciencia, las doctrinas tradicionales contenidas en las actas del Concilio de Trento y del Concilio Vaticano I. Porque una cosa es el depósito de la fe o las verdades contenidas en la Doctrina sagrada y otra el modo y espíritu que proclaman esas verdades respetando su sentido y significado”.

Toda religión funciona a base de reinterpretar tradiciones antiguas, fuentes escritas u orales, porque si no sería repetir y entonces se ahogaría el espíritu. De esto era consciente Juan XXIII.

El contenido último de nuestra fe nunca se identifica sin más con categorías, creencias, fórmulas y doctrinas. La doctrina está ligada a marcos diversos de cosmovisión y de lenguaje.

De modo que éste es el segundo gran reto: flexibilizar la doctrina, dar un lugar amplio a la novedad de interpretación, ampliar horizontes mentales y cordiales.

3) Dejar de ser Iglesia dominante o mayoritaria. Nos lo impone la situación actual:



aceptar la reducción. Os voy a leer aquí un texto del famoso teólogo Karl Rahner en el año 1972, poco después del Concilio, época en la que se empezaba a notar intensamente la reducción sociológica, numérica, del Cristianismo. En ese momento escribió Rahner. Se dirigía a la Iglesia católica alemana con ocasión de un gran sínodo o asamblea general: "Nosotros somos el comienzo de la pequeña grey. Digo el comienzo porque estoy convencido, sin por ello sentirme ni profundo ni propiamente tentado en mi fe, de que la Iglesia alemana todavía descenderá notablemente en número en los próximos decenios. Por lo menos con referencia a la población total y también en poder social (...). Al decir que nosotros somos hoy el comienzo de la pequeña grey, hay que desechar en primer lugar un malentendido de esta frase. Pequeña grey no significa lo mismo que gueto y secta, porque éstos no quedan constituidas por la cantidad de personas sino por una mentalidad de la Iglesia por muy grande o pequeña en número que sea y llegue a ser la Iglesia alemana. Allí dónde se propague entre nosotros la mentali-

dad de secta y gueto - claro que no con estos nombres, pero si de hecho- con el pretexto de que somos o vamos a ser la pequeña grey de Cristo, que ha de pronunciarse por la necesidad de la fe y de la cruz, hay que combatir energicamente esa mentalidad en nombre de la verdadera fe y del verdadero cristianismo. Cuando un tradicionalismo cómodo y una pseudoortodoxia aburrida que tiene miedo de la mentalidad del hombre actual y de la sociedad moderna recurre a la pequeña grey, cuando de modo inconfesado uno no tiene nada que oponer a que las personas que andan preguntando inquietas se vayan a la Iglesia porque así se vuelve a establecer la paz y el orden y todo en la Iglesia vuelve a ser como antes, lo que propaga no es la actitud adecuada a las pequeña grey de Cristo, sino una mentalidad sectaria de baja ralea. Esta es tanto más peligrosa cuanto que no se presenta con su verdadero nombre sino invocando la ortodoxia, el sentido de Iglesia y la moral estricta. Cuanto más se haga la grey de Cristo en el pluralismo de la actual sociedad, tanto menos puede permitirse tener una mentalidad de gueto y de secta; tanto más abierta ha de estar hacia fuera, tanto más precisa y valientemente ha de preguntarse en cada caso dónde están realmente los límites que separan a la Iglesia de un mundo incrédulo. Ciertamente no están allí donde los quiere tener un tradicionalismo cómodo y extendido por los más diversos ámbitos de la Iglesia".

Aceptar ser pequeña grey. Aceptar sin dramatismo ninguno que estamos reduciéndonos, que vamos a seguir siendo cada vez menos. Y que esto no nos ponga nerviosos, que no nos haga agresivos y, sobre todo, no nos encierre hacia dentro, y no suscite en la Iglesia como institución ese mecanismo de cuerpo amenazado, a la defensiva, y no vayamos a erigir castillos defensivos. Arrasar bastiones, más bien que erigir bastiones. Ése podría ser otro gran reto de la Iglesia.

4) Asumir la laicidad como principio de organización, de reordenamiento jurídico y social. La laicidad. Está muy ligado a lo anterior. La laicidad quiere decir que la sociedad no ha de estar regida por las instituciones religiosas. Que no son las instituciones religiosas las que dictan en qué consiste el bien y cuál es la

verdad que se ha de imponer. Aceptar más bien que la sociedad es plural, y aconfesional, y que es la sociedad misma la que, de una manera democrática, ha de organizarse y dotarse de un sistema de leyes, de un derecho, de unas normas de convivencia. Aceptar que no son sólo las religiones, y tampoco la religión dominante que todavía sociológicamente sigue siendo la Iglesia Católica, la que puede dictar si el matrimonio de homosexuales ha de ser reconocido o no en el ordenamiento jurídico. Por ejemplo. Lo mismo habría que decir de la investigación con embriones o de la clonación....

Una institución religiosa ha de pronunciarse acerca de todo, sobre lo divino y lo humano. Pero no puede pretender imponer un ordenamiento jurídico. Más bien, la institución eclesial tiene que sujetarse al ordenamiento que la propia sociedad se da de una manera plural y democrática.

Este es el principio de la laicidad. No significa que el bien y la verdad vayan a estar dictados por el consenso democrático. No, simplemente quiere decir que para los efectos de convivencia social, deben estar vigentes las normas que la propia sociedad se dé y no las normas que una religión u otra, o todas ellas juntas, impongan al conjunto de la sociedad.

Y esto vale para el ordenamiento jurídico en general y esto vale también, por ejemplo, para la enseñanza. Estoy convencido de que la religión ha de estar muy presente en la educación como hecho religioso y, mucho más todavía, como vivencia humana profunda. Pero la religión ha de estar en la enseñanza pública de manera laica y no confesional. Es decir, no son las diferentes confesiones religiosas las que han de imponer en qué condiciones y qué contenidos se van a dar en esa enseñanza religiosa.

La laicidad. Creo que estamos muy lejos todavía de asumir con normalidad el principio de la laicidad.

5) La prioridad absoluta es la erradicación del hambre y de la miseria. Podría haber empezado por aquí y haber terminado por aquí. La Iglesia Católica es noticia muchas veces por otras cosas, casi nunca lo es por esto. Es decir, a diferencia y en contradicción

con lo que le pasó a Jesús, la Iglesia Católica resulta demasiadas pocas veces escándalo y conflicto por defender a los excluidos, a los inmigrantes, a los últimos; por promover acciones que pueden ser ambiguas, pero acciones de justicia efectiva con los excluidos en todos los campos. Y esto es lo primero, y esto debiera ser lo primero, pues lo fue para Jesús.

Hace bastantes años ya, se publicó un libro, una novela, que relataba la historia de un papa que convocaba un nuevo Concilio -no sé si era el Concilio I de México, una cosa así- y llegado al Concilio, el papa propone como primera medida que la Iglesia no vuelva ya a hablar más como tal Iglesia hasta que desaparezca el hambre del mundo. Y propone como única acción, como única decisión conciliar, que cada cristiano aporte no sé si una peseta mensual o una cosa así, algo irrisorio e ínfimo, pero que bastaría para que desapareciera el hambre del mundo. Y una vez que desapareciera el hambre del mundo, ya se convocaría otro Concilio y se empezaría a hablar de otras cosas. Y mientras tanto la Iglesia hacía un absoluto mutis y se callaba de todas las demás cuestiones. Bueno, yo no sé si tiene que callar, la palabra puede servir, pero es evidente que la prioridad de la palabra y de la acción y de las propuestas de la Iglesia debiera ser ésta. Éste es el otro gran reto, seguramente el reto por antonomasia.

6) Dar la vuelta de manera muy concreta y efectiva al famoso principio de que fuera de la Iglesia no hay salvación. Nadie defiende este principio en los términos un poco brutales en los que a veces se ha defendido. Es decir, nadie afirma que ninguno que no pertenezca de manera explícita y clara a la Iglesia Católica, Apostólica y romana va a salvarse, sino que ha de ir al fuego eterno. Así se dice textualmente en el Concilio de Florencia. Hoy no lo dice nadie así, pero todavía me da la impresión de que tampoco hemos desmantelado del todo este principio de que fuera de la Iglesia no hay salvación. Le damos muchas vueltas, pero al final volvemos a decir que, al fin y al cabo, fuera de la Iglesia no hay salvación.

Pues no, fuera de la Iglesia hay salvación. Es más, un famoso teólogo le dio exactamente la vuelta y yo creo que apuntaba muy bien

diciendo: “Fuera de la salvación, no hay Iglesia”. Esto es lo verdadero. Fuera de la salvación no hay Iglesia, y allí donde hay salvación, liberación, bienestar, igualdad, dignidad, allí hay Dios, y allí hay Iglesia, podemos decir nosotros, y otro podrá decir que allí está la verdad del Corán o de la Torah o del Budismo o de sus respectivas tradiciones.

7) La inversión del esquema piramidal y jerárquico de la Iglesia. Creo que es otra de las grandes tareas institucionales que tiene la Iglesia por delante. La iglesia se ha ido organizando un poco a imagen de lo que era la pirámide social y política. Se ha ido organizando como un gran cuerpo clerical de poder piramidal, con un vértice arriba y una base horizontal abajo; el Papa arriba como el único jefe de toda la Iglesia y de todos los obispos y de todos los sacerdotes, subordinados unos a otros, y todos ellos al papa.

A esto hay que darle la vuelta. Jesús nunca jamás pensó en este tipo de relaciones para su grupo. Jesús fundó un movimiento itinerante. Allí nadie era más que nadie. Uno se podía encargar de una cosa y otro de otra, pero todos eran hermanos, hermanas. Este era el único principio de Jesús.

La Iglesia tiene que invertir este modelo jerárquico piramidal que sigue vigente. Tiene que desclericalizar lo que llamamos los ministerios de la Iglesia. Hay que desacerdotalizar los ministerios, entendiéndolas como funciones diversas. En todo grupo humano tiene que haberlas, pero son funciones, y han de emerger de la propia comunidad y han de estar sujetas al control de la propia comunidad. Así fue al principio, así tiene que volver a ser. Por eso, creo que la democracia, en el funcionamiento concreto de la Iglesia, sigue siendo una gran cuestión pendiente.

8) El ecumenismo intraeclesial. Sabéis que hay diversas iglesias: las Iglesias Protestantes, las Iglesias Ortodoxas (varias Iglesias Ortodoxas), la Iglesia Anglicana (a su vez con muchas familias derivadas de ella), y la Iglesia Católica...

Bueno, ¿y cómo llegamos a entendernos? ¿Volviendo a formar todos juntos una única gran Iglesia dependiente de un único poder central? Yo creo que no. Ese modelo hay que

desecharlo. Para ser una Iglesia, no necesita que todos tengan al mismo Papa que obedecer. Somos una Iglesia reconociendo que el otro está dentro de la Iglesia aunque tenga ideas distintas, aunque tenga retos distintos, aunque tenga ministerios y pertenencias institucionales distintas y obedezca a otro poder organizado.

Es decir, la solución al problema de la unión de las Iglesias no está en formar una macro-Iglesia única, sino en reconocer que podemos seguir siendo muchas Iglesias distintas y todos somos Iglesia Católica de Jesús. Otro gran reto.

9) La desaparición del Vaticano como estado y, por lo tanto, de los nuncios como embajadores del estado Vaticano. Un reto muy concreto éste, pero que podría tener una gran importancia. El Vaticano es un estado ridículo, pero da como un sello y un tinte a todo el funcionamiento de la Iglesia, ¿no? Imbuje de significado político a toda la vertiente pública de la Iglesia. Debería desaparecer el Vaticano como estado. Que la Iglesia no aparezca como un estado, como un poder entre otros poderes. Libre de todo poder.

10) El reto de la igualdad de la mujer en la Iglesia. Esto se lo dejo a M^a José Arana, que es la que más sabe de ello.

Pero quiero terminar citando unas palabras de José Ignacio González Faus, un Jesuita Teólogo de mucho prestigio y de muy buen humor. Dice: “No vamos a negar la eucaristía a María de Nazaret por haber convivido con José sin casarse. No vamos a denunciar anónimamente ante la sagrada congelación de la doctrina de la fe, a José, su casto esposo, por haber dudado de la virginidad de María; ni por más escandaloso que parezca, vamos a privar del sacerdocio al laico Jesús de Nazaret por haber celebrado su primera misa en medio de una cena de familia

José Arregi

Foro Espiritual de Estella,

Lizarrar, 2006